

EL PUEBLO POR LA PAZ

La manifestación en la plaza de Oriente, de cara a la balconada del Palacio Real, ha resultado una afirmación rotunda, enormemente multitudinaria, apabullante, de patriotismo y, sobre todo, de serena y consciente cohesión nacional.

Sería minimizar su significación, desmedular su contenido, mixtificar con tibieza calculada su carácter, reducirla a solamente una repulsa de las agresiones e incomprensiones exteriores que padece España en estos días.

La afirmación de unidad patriótica frente a las injustas campañas surgidas en algunos países extranjeros era, desde luego, una de las motivaciones principales que alentaron a la manifestación.

Pero no ha sido, evidentemente, el único estímulo para su celebración. Otro propósito, no menos importante y fundamental, no menos plenamente querido y expresado se ha centrado en el apoyo, en el referendo a una política nacional interna de firmeza frente al terrorismo y la subversión, de mantenimiento sereno del orden público, y de apoyo a las fuerzas que lo sirven.

Franco representa y polariza ambas motivaciones. No cabe la salvedad, aunque se intente razonarla con distingos y matizaciones de cenáculo, de atribuir a una de ellas la adhesión popular desbordada y negar la proyección del consenso público hacia la otra. ¡Y, precisamente, hacia la interior, cuando la preocupación máxima del país, del pueblo que ansía la tranquilidad de una pacífica convivencia, es el fin de las agresiones terroristas, la desaparición de tanta injustificable y terrible violencia delincuente!

En la atmósfera, lógica, de un rotundo entusiasmo popular, la manifestación se ha desarrollado con orden y serenidad ejemplares. Han predominado muy claramente los acentos y actitudes afirmativas. La condena de la enemistad y hostilidad exteriores ha sido firme, pero mantenida dentro de los límites de la razón. Las derivaciones manifestantes —tan significativas— de aplauso a las fuerzas de la Policía y del Ejército han sido emocionadas —y emocionantes— sin rebasar la normal exteriorización de unos sentimientos de buena ciudadanía.

El Estado y el Gobierno han recibido una muy sustantiva demostración de respaldo popular. La comunidad social es-

pañola entera, representada en la manifestación, ha reafirmado su digno sentido de la soberanía nacional, de la independencia patria y su vocación decidida a favor de una España unida, pacífica, convivente, segura y progresiva.

Para el proceso inmediato de la política nacional puede tener un valor decisivo la gigantesca manifestación de ayer. La tarea gobernante contemplará —así cabe suponerlo— un horizonte en el cual se han disipado brumas y dudas.

Y hay que desear, con plenitud, que el 1 de octubre de 1975 sirva de aliento eficaz para la evolución política que el país necesita y que es posible dentro de sus Leyes Fundamentales. Porque, en definitiva, la manifestación en la plaza de Oriente no ha sido rememoración de nostalgias, sino afirmación de cara al futuro. La manifestación, no estaba de espaldas; miraba hacia adelante.